

# MENSAJE DEL PASTOR



**Rev. Fernando Orejuela, Pastor**

Queridos hermanos,

En este segundo domingo de Pascua, la Iglesia nos introduce en el corazón mismo del misterio de la Resurrección: la misericordia de Dios. No celebramos solo que Cristo ha resucitado; celebramos que el Resucitado viene a nuestro encuentro con sus llagas abiertas para perdonar, sanar y reconstruir nuestra vida.

El Evangelio nos muestra a los discípulos encerrados por miedo. Y allí, en medio del miedo, aparece Jesús y les dice: “La paz esté con ustedes.” Esa paz no es una idea ni un sentimiento pasajero. Es el fruto del perdón. Por eso inmediatamente les confía el poder de perdonar los pecados. La primera misión de la Iglesia nace de la misericordia y es la misericordia.

La primera lectura nos presenta la vida de la comunidad cristiana naciente: perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en la oración. Esa es la Iglesia cuando vive de la Resurrección: una comunidad unida, sencilla de corazón, generosa y llena de alegría. Allí donde se vive así, el Señor sigue aumentando el número de los que se salvan.

San Pedro, en la segunda lectura, nos recuerda que hemos renacido a una esperanza viva. Incluso en medio de pruebas y dificultades, nuestra fe tiene un valor inmenso delante de Dios. Creer sin haber visto, confiar cuando no entendemos todo, permanecer cuando el camino se vuelve exigente: esa es la fe pascual que transforma la vida.

Hoy el Evangelio nos presenta también a Tomás. Su camino es el camino de muchos de nosotros. Queremos ver, queremos tocar, queremos entender. Y sin embargo, Jesús no lo rechaza. Lo invita a acercarse a sus llagas. Así actúa siempre la misericordia: no humilla, no excluye, no abandona. Invita a creer.

Por eso la bienaventuranza final del Evangelio es para nosotros:

“Dichosos los que creen sin haber visto.”

Hermanos, en este día de la Divina Misericordia el Señor nos recuerda algo muy concreto: la señal por la que seremos reconocidos como sus discípulos será el amor y la misericordia que practiquemos.

No basta analizar el amor. Hay que vivirlo.

No basta hablar de misericordia. Hay que ejercitarla.

La misericordia es el rostro visible del amor de Dios en nuestra vida cotidiana. Se expresa en el perdón que damos, en la paciencia que ofrecemos, en la bendición que pronunciamos, en la ayuda concreta que brindamos al que la necesita.

Bendigan en sus hogares.

Bendigan a sus hijos.

Bendigan a quienes sufren.

Bendigan incluso a quienes les han herido.

La bendición es el perfume de Dios en el mundo.

Pidamos hoy al Señor que nuestra parroquia sea una verdadera comunidad pascual: perseverante en la oración, unida en la caridad, fiel a la Eucaristía y generosa con los más necesitados.

Que María Santísima y San José, modelos de corazón limpio y misericordioso, nos acompañen para crecer, madurar y fructificar en la misericordia.

**Que el Señor los bendiga abundantemente.**

